

2

Mientras Carla avanzaba por las transitadas calles parisinas, no podía dejar de pensar en lo injusto que era todo aquello. Aunque París era un lugar capaz de encandilar a cualquiera, como demostraba la gran cantidad de personas que habían sucumbido a sus encantos, ella detestaba aquella ciudad. Y no solamente porque echara de menos Madrid, su hogar durante más de dieciséis años, sino porque apenas conocía a nadie, tenía problemas con el idioma y no le agradaba en absoluto la comida francesa. Además, ¿cómo pretendía su padre que se adaptara e hiciera nuevos amigos si tenía que estar pendiente de su hermano a todas horas?

El padre de Carla era restaurador en el Museo del Prado. Todas las obras que se exponían pasaban primero por sus manos, para que la gente

pudiera contemplarlas tal como fueron creadas. Hacía cosa de un mes, su padre había recibido una tentadora oferta de trabajo por parte del Museo del Louvre para colaborar con ellos durante un período de un año. Aunque su primera reacción fue rechazar la oferta, finalmente comprendió que era una gran oportunidad para él.

La madre de Carla había muerto en un accidente de tráfico cuando ella no era más que una niña, por lo que su padre había tenido que aprender a compatibilizar su trabajo con la educación de sus dos hijos, lo que a menudo no había sido nada fácil.

Su hermano Miguel tenía nueve años, ocho menos que ella, aunque por su aspecto parecía algo mayor. Ella creía que ya tenía edad para cuidarse solo, pero su padre no opinaba lo mismo, ya que la pérdida de su esposa le había hecho volverse más protector con sus hijos.

Al llegar a la plaza de la Concordia, Carla se detuvo un momento para observar el enorme obelisco que se levantaba en medio. Aquella gigantesca aguja de piedra, que desde hacía casi doscientos

Su primera intención fue salir corriendo hacia su amigo, pero sabía que todavía tenía que enfrentarse a quien había provocado todas aquellas muertes. Antes de pasar al interior, Carla buscó con la mirada a Josué y se dio cuenta de que no estaba junto a Ramsés, quien pareció leerle el pensamiento y, por la amargura de su rostro, Carla comprendió que Josué no volvería con ellos. Aunque estuvo a punto de derrumbarse, pensó que todavía quedaban personas a las que podía salvar: todos aquellos hombres nubios que luchaban solo porque Yalí había creído en ella, todos los egipcios que se habían convertido en esclavos, el mismo Ramsés y, por supuesto, su hermano. Así que entró a la pirámide sin que le llegasen los gritos de Ramsés rogándole insistentemente que no lo hiciera.

Mientras atravesaba la zona de acceso, Carla levantó la cabeza y observó la gigantesca construcción de piedra que se extendía ante sus ojos. Ni los grandes rascacielos, que parecían alzarse por encima de las nubes, ni los puentes que salvaban distancias imposibles a través del mar, ni monumentos como la estatua de la Libertad o la

torre Eiffel..., nada era comparable a la admiración que una pirámide era capaz de despertar. Los egipcios no contaban con los avances técnicos que ella conocía y, sin embargo, sus obras gozaban de la misma belleza y precisión que las construcciones modernas. Pero, a partir de ese momento, no podría volver a mirar una pirámide de la misma manera. Ella misma se había visto obligada a transportar aquellas pesadas piedras y había visto cómo muchas personas morían en aquel mismo lugar. No, a partir de entonces, nada volvería a ser igual.

Una vez dentro, Carla comenzó a avanzar a través de estrechas galerías mientras sus ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad. Después de recorrer más de dos kilómetros, empezó a sospechar que la magia de Seth había intervenido en la creación de aquellos pasillos, ya que creía haber pasado dos veces por el mismo lugar. Volvió a recorrer la misma distancia prestando atención a cualquier detalle, pero regresó de nuevo al mismo punto.

—¡No puede ser! —Carla estaba empezando a enfurecerse.